

San José, Costa Rica

28 de Setiembre de 1918

LECTURAS

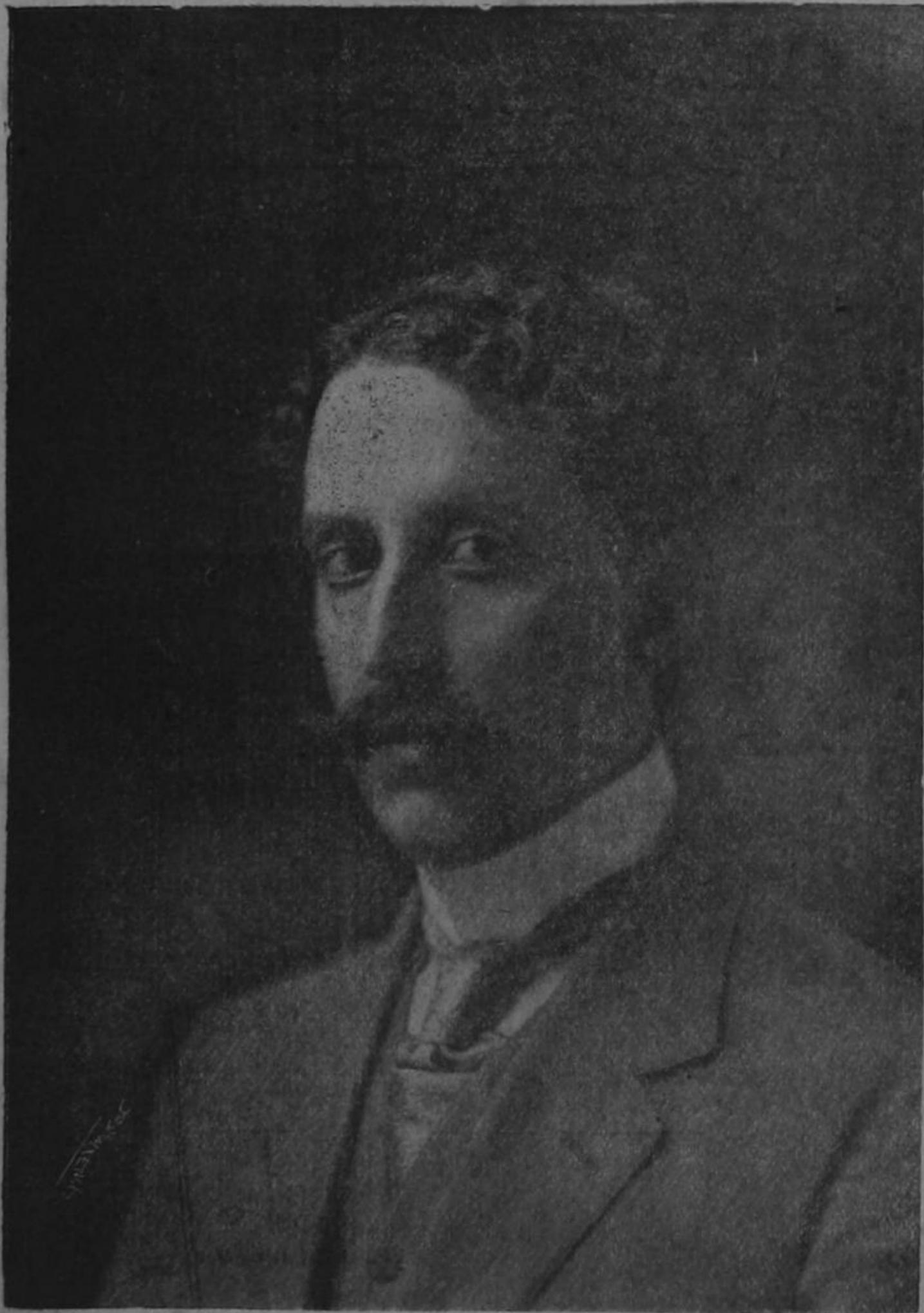
Director: LEONARDO MONTALBÁN

Año I

Ciencias, Artes, Literatura y Variedades

No. 2

Editores: FALCÓ & BORRASÉ



Lic. ALEJANDRO ALVARADO Q.

Entrevista con Alejandrino

Cuando lo ví unir su izquierda, a la oreja del mismo lado formando una concha cazadora de voces, se me vino un mal pensamiento que ahí no más lo aparté.

Estábamos en su bufete de abogado y acababa de salir—supongo que después de una larga consulta—un joven que dió hilo para el prefacio:

—Este joven que salía cuando usted entró, es el poeta Sotela.... y añadió—este muchacho Sotela, este otro joven Cardona, y Albertazzi, son nuestros portaliras, pero ninguno es genial.

Los discutimos—o mejor dicho—los discutió unos minutos evocadores también de Lisímaco Chavarría, Pío Víquez y Aquileo J. Echeverría. Dice: «Sotela es más poeta y Cardona más artista».

Luego, continúa sacando nombres de la memoria:

—Paco Soler es inteligente, sumamente inteligente: pluma literaria y de diarista. Mario Sancho posee una gran asimilación, casi igual a la de Rubén Darío, es la mejor pluma de Costa Rica; hizo un corto viaje a Europa y le ha sacado gran jugo; pasó una temporada en la Bretaña y la recuerda casi en todos sus escritos. Fernández Guardia es un gran prosista. Si! en la prosa sí hay talentos y no en la poesía.

—¿No cree usted en los poetas de Costa Rica?

—No es que no crea, pero ninguno es genial.

—Hábleme de lo suyo.

Sólo prosa hace. Me cuenta de dos traducciones del francés al español y corre a sacar de una gaveta sus «Bocetos» de artistas y hombres de letras de esta tierra. Me lee la primera parte, recalcándome: «Nadie puede vivir de la pluma.... Cuando se logra vender un libro a lo sumo se paga su importe. Por eso aquellos a quienes Apolo sugiere la inquietud sagrada, buscan en los colegios una clase para ganar el pan o empeñan su pluma en esa tarea deprimente del artículo cotidiano para el público o adulan al poderoso».

—¿Que usted nunca ha gastado ideas para periódicos?

—En dos o tres ocasiones políticas, y hace lástimas de los periodistas de aquí que tienen que vender su trabajo como un par de zapatos o «vender su pluma».

Muevo los labios y supone que le he preguntado y contesta:

—Nunca he ganado un centavo. Edito mis libros para regalarlos. Aquí nadie lee. Quizá en otro país hubiera dejado la profesión para darme por completo a las letras. Ahora estoy pensando en publicar algo de lo que Rubén Darío dejó aquí a su paso y que no es conocido. Trabajaba en «El Herald» de Pío Víquez y recuerdo, que con motivo de unos violinistas, Pedro Ortiz escribió algo muy bueno, una floritura. Entonces Darío escribió también sobre el mismo tema, rivalizando. Yo soy un gran Rubeniano.

—¿Da culto al arte todos los días?

—Soy pobre y vivo consagrado a la profesión. Lo que hago es acariciar los pensamientos y cuando hay oportunidad, escribirlos.

—El círculo literario del cual es usted abanderado, lo componen muchos jóvenes?

—Aquí, el hombre de más influencia intelectual es el Licenciado González Víquez. Se puede decir que es el Pontífice. Posee una vasta ilustración y la biblioteca mejor del país.

Surge un capítulo aparte: su permanencia en Europa, contada con efusión y entusiasmo. De agregado a la Legación de Costa Rica, llevando una vida intensamente artística. Todavía vió pasearse por las calles de París, la cabellera de Musset. Habla con amor, con devoción, de hombres de letras y cosas de arte. «Vea—me dice—allí tengo a Zola». En la pared, en un pequeño marco, la cara tosca del defensor de Dreyfus mira como un bandido.

—¿A quiénes lee con más gusto?

—Mi novelista es Maupasant. Me gustan también Renán y Anatolio France.

—Y de su vida parlamentaria, cuénteme algo?

Esto da motivo para la lectura de su renuncia de senador y para que externe ideas puritanas sobre política. Me refiere:

—Yo abagué por el voto de la mujer, pero perdí por un voto.

—Pero por qué abogó usted por el voto de la mujer?

—Creo que entre el hombre y la mujer costarricense no hay diferencia esencial. Nuestras mujeres son muy leales, de firmes convicciones. No me encuentra usted una que sea anexionista o esté por la intervención. En cambio hay unos tantos menguados....

—.... emigrados....?

—Es un enorme crimen, de lesa patria dice.

Aquí una miscelánea: es de origen nicaragüense; demócrata, amigo del pueblo; no cree en ciertas zarandajas de la religión ca-

tólica, pero tiene su Dios, ya no es amigo del Presidente Tinoco; todo el mundo le llama Alejandrito por esto y estotro; es casado y me enseña la copia de Alejandrito III.

Le pregunto qué piensa hacer del destino y después de un cuento me dice: «Vegetar».

Me despido y exclama: «Le he abierto mi corazón».

Alejandrito tiene unos 40 años: 30 en su curva nariz y 10 en sus ojos infantiles y grandes. Todo, en un rostro pálido muy de soñador o muy de avaro.

ARMANDO SAAVEDRA

Los Cuentos de mi tía Panchita

Salir con un domingo siete

Había una vez dos compadres güechos, uno rico y otro pobre.

El pobre iba todos los sábados al monte a cortar leña que vendía en la ciudad cuando estaba seca.

Uno de tantos sábados se extravió en la montaña y le cogió la noche sin poder dar con la salida. Cansado de andar de aquí y de allá, resolvió subir a un árbol para pasar allí la noche. Ató al tronco el burro que le ayudaba en su trabajo y él se encaramó casi hasta el cucurucho. Al rato de estar allí vió de pronto que a lo lejos se encendía una luz. Bajó y se encaminó hacia ella. Cuando la perdía de vista, subía a un árbol y se orientaba. Al irse acercando, vió que se trataba de una gran casa iluminada, situada en un claro del bosque. Parecía como si en ella se celebrara una gran fiesta. Se oía música, cantos y carcajadas.

El hombre aseguró su bestia y se fué acercando poquito a poco.

La parranda era muy adentro porque las salas que estaban a la entrada se encontraban vacías. En puntillitas se fué metiendo, se fué metiendo hasta que dió con el lugar. Se escondió detrás de una puerta y se puso a curiosear por una rendija: la sala estaba llena de brujas mechudas y feas que bailaban pegando brincos como los micos y que cantaban a gritos esta única canción:

Lunes y martes y miércoles
tres.

Pasaron las horas y las brujas no se cansaban de sus bailes y siempre con su dele que dele:

Lunes y martes y miércoles
tres.

Aburrido el compadre pobre de oír la misma cosa, agregó cantando con su vocecilla de güecho:

Jueves y viernes y sábado
seis.

Gritos y brincos cesaron.

—¿Quién ha cantado? preguntaban unas.

—¿Quién ha arreglado tan bien nuestra canción?—decían otras.

—¡Qué bello! Quien ha cantado así merece un premio!

Todas se pusieron a buscar y por fin dieron con el compadre pobre, quien estaba en un temblor detrás de la puerta.

Ave María! No hallaban dónde ponerlo: Unas lo levantaban, otras lo bajaban y besos por aquí y abrazos por allá.

Una gritó:—cortémosle el güecho.

Y todas respondieron: Sí, sí!

El pobre hombre dijo:—Eso sí que no!

Pero antes de acabar, ya estaba la inventora rebanándole el güecho con un cuchillo, sin que él sintiera el menor dolor y sin que derramara una gota de sangre. Luego sacaron del cuarto de sus tesoros sacos llenos de oro y se los ofrecieron en pago de haberles terminado su canto. El trajo su burro, cargó sus talegos y partió por donde las brujas le

indicaron. Al alejarse las oía desgañitarse:

Lunes y martes y miércoles
tres;

Jueves y viernes y sábado
seis.

Sin dificultad llegó a su casita en donde su mujer y sus hijos lo esperaban acongojados porque temían que le hubiera pasado algo.

Les contó su aventura y mandó a su esposa que fuera adonde el compadre rico y le pidiese prestado un cuartillo para medir el oro que traía.

Ella fué y dijo a la mujer del compadre rico que estaba sola en casa:—Comadrita, quiere prestarme el cuartillo; es que vamos a medir unos frijolillos que cogió mi marido.

Pero la mujer del compadre rico que era más viva que *quién sabe qué*, se puso a pensar: Callate, acaso tu marido ha sembrado nada? Quién mejor que nosotros sabe que no tienen más terreno que ese en que están clavadas las cuatro estacas del rancho?

Y untó de cola el fondo del cuartillo para averiguar qué iban a medir sus compadres pobres.

Estos midieron tantos cuartillos de oro que hasta perdieron la cuenta.

Al devolver la medida, no se fijaron que en el fondo habían quedado pegadas unas cuantas monedas. La comadre rica al ver aquello, se hizo de cruces y se fué a buscar a su marido.

—Mirá, vos decís que compadre Jeremías es un arrancao, que anda casi con una mano atrás y otra elante, que no tiene ni onde querse muerto? Pos estás muy equivocao...—Y la mujer mostró el cuartillo y contó lo ocurrido.

El compadre rico se fué a buscar al pobre.

—Ajá, compadrito—le dijo.—¡Qué indino es usté! Conque tenemos que medir el oro en cuartillo?

El otro que era un hombre que no mentía, contó su aventura sencillamente.

El rico volvió a su casa con una envidia! La mujer le aconsejó que fuera al monte a cortar leña.—Quien quita—le dijo—que te pase lo mismo.

El sábado muy de mañana se puso en camino con cinco mulas y todo el día no hizo más que volar hacha.

Al anoecer se metió en lo más espeso de la montaña y se perdió,

Se subió a un árbol, vió la luz y se fué hacia ella. Llegó a la casa en donde las brujas celebraban cada sábado sus fiestas. Hizo lo mismo que su compadre pobre y se metió detrás de la puerta. Estaban las brujas en lo mejor de su canto:

Lunes y martes y miércoles
tres;
Jueves y viernes y sábado
seis.

Cuando la vocecilla del güecho cantó toda hecha un temblor:

Domingo siete...

Ave María! Para qué lo quiso hacer!

Las brujas se pusieron a jalarse las mechas y a gritar llenas de cólera:

—Quién es el atrevido que nos ha echado a perder nuestra canción?

¿Quién es quien ha salido con ese «Domingo siete?»

Y buscaban enseñando los dientes como los perros cuando van a morder.

Encontraron al pobre hombre y lo sacaron a trompicones y jalonazos.

—Vas a ver lo que te va a pasar, güecho de todita la trampa—exclamó una que salió corriendo hacia el interior. Luego volvió con una gran pelota entre las manos, que no era otra cosa que el güecho del compadre pobre; la colocó en la nuca del infeliz, en donde se quedó como si allí hubiera nacido. Le desamarraron las mulas, las libraron de sus cargas de leña y las echaron monte adentro.

Al amanecer fué llegando el compadre rico a su casa con dos güechos, todo dolorido y sin sus cinco mulas.

Y Colorín Colorado,
este cuento se ha acabado.

CARMEN LIRA

LECTURAS

Revista semanal ilustrada de Información, Literatura, Arte, Ciencias, Historia, Pedagogía y Variedades.

20 páginas de escogida lectura.

Director: LEONARDO MONTALBÁN.

Editores Propietarios: FALCÓ Y BORRASÉ, impresores.

ADMINISTRACIÓN: 7^a Avenida, Este, 42. Apartado 638. San José, Costa Rica.

PRECIO DE SUSCRICIÓN:

6 números @ 1-00. Número suelto 20 céntimos.

Gorky, el vagabundo

Máximo Gorky, el dulce vagabundo que supo traducir a páginas de infinita tristeza los ocultos sufrimientos de los desheredados de la vida, acaba de morir. La tisis, esa enfermedad de los que no tienen techo ni tienen pan, fué más fuerte que los cosacos del Czar. Las lobregueces de San Pedro y San Pablo, donde el sápatra ruso encerró un día las ansias de libertad de Gorky, sembraron el bacilo de la tuberculosis en los pulmones del gran escritor, y ahora acaban de tener su fatal desarrollo: Máximo Gorky ha muerto.

Las persecuciones, la cárcel, la tortura, la nieve de la estepa inclemente, los días sin pan y la soledad del destierro fueron los grandes libros en que Máximo Gorky templó su alma para la vida. Sus ansias de libertad y de fraternidad, al mismo tiempo que la orfandad temprana, hicieron de él, pobre niño sin amparo ni dirección, uno de tantos de esos hijos de la desventura que a cada paso tropezamos en el camino, pobres viajeros que no saben hacia donde van. Su temperamento, fieramente independiente y precoz, no se satisfizo con el puesto que la sociedad le había deparado; y su espíritu, analizador y justiciero, le hizo mirar en torno suyo y estudiar los hombres y las cosas que lo rodeaban. La miseria, esa mano de hierro que trunca tantos sueños, ennegreció los días de su infancia, arrojándolo de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de estepa en estepa, maltratado por los cosacos, escarnecido por los mujiks, arrojado de todos lados por el gran delito de no tener pan. Y en todas esas estepas, en todas esas ciudades, en todos esos caminos, Máximo Gorky tropezó con otros vagabundos como él, que también eran arrojados, que también sufrían, que también llevaban en el alma una pena negra que no podían expresar.

Y fué entonces cuando, tal vez en medio de la inclemente estepa, tal vez en los suburbios de alguna gran ciudad, sentado sobre un montón de basura o sobre una peña, al contemplar el dolor humano y sentir los acicateos del hambre, Gorky lanzó al cielo su gran interrogación: ¿POR QUÉ...? Y, como quiera que el cielo permaneciese mudo, se dirigió a los hombres y preguntó: ¿POR QUÉ...? Y los hombres le pegaron, y lo metieron en calabozos, y le hicieron padecer más hambre y más frío...

Pero su interrogación quedó ahí, desnuda, fría, acusadora...

—¿Por qué, señor, por qué....?

En los cuchitriles más inmundos, donde sólo hay lágrimas y hambre y brutalidad; en la inmensa estepa, llena de nieve, de lobos y de cosacos, es donde Gorky aprendió a leer, y donde más tarde escribió sus magníficas obras de dolor y de vida. Su primer maestro fué un vagabundo como él que, a falta de libros, le dibujaba las letras en la nieve y en la arena de las playas; luego después, su segundo maestro lo fué un panadero que enseñaba a Gorky grandes principios de filosofía mientras se cocía la hornada; y el tercero, el último, lo fué Korolenko, el gran escritor ruso que pagó sus deseos de libertad y de bien público desterrado ocho años en Siberia. «Escribe lo que sientas—le decía el viejo maestro.—El hombre lo puede vender todo... todo... menos su conciencia a una causa mala.»

Y Máximo Gorky, como quiera que no conocía de la vida nada más que el hambre y el dolor; y como quiera que no había visto nada más que tiranía, crímenes y miseria, todos sus libros—escritos a conciencia—reflejaron la situación de millones de hombres que viven y mueren desesperados, y dijeron de la infinita tristeza que llevan en el alma los pobres desheredados, que caminan... que caminan... sin saber hacia donde van.

Hombre de gran corazón y elevada inteligencia, se dió por completo a la causa del pueblo, y luchó y sufrió por él. En el libro, en el periódico, en la tribuna, en las encrucijadas de los caminos, Gorky trabajó para hacer una nueva Rusia y una nueva Humanidad. Partidario de la igualdad social, quiso conmover su pueblo y hacerle dar un paso de avance hacia la libertad. Su noble intento le valió ser encerrado y propuesto para la horca, de lo que se salvó gracias a la protesta del mundo intelectual, que clamó al unísono en contra de tamaña injusticia. Desterrado más tarde de Rusia, volvió a ella cuando la caída del Czar, después de haber recorrido el mundo luchando y sufriendo por el ideal que intensificó su vida.

¡Qué le vamos a hacer! ¡Gorky ha muerto! Ya no se verá su pálida figura pasear por los suburbios de las grandes ciudades, con un gesto de infinita tristeza, como vencido por la fascinación de un sueño; ni tampoco el desconfiado mujik tropezará en medio de la estepa con un extraño desarrapado que lleva un paquete de libros viejos cargados a la espalda y va propagando un nuevo evangelio de amor y libertad para todos los hombres; y los vagabundos, que van caminando.... caminando.... sin saber hacia dónde ir, verán que falta el dulce compañero expresador de sus penas, el que decía cosas tan tiernas que ellos jamás se las pudieron comprender. Y es que Máximo Gorky ha muerto.

Sí; ha muerto. Pero en su lugar ahí está su obra; su gran obra de libertad y de justicia que expresa los lamentos de millones de infortunados. Y esa obra, vivida por Gorky en vida, será la que lo haga vivir muerto, en el corazón de todos los hombres.

J. DE BORRÁN

San José, Sep. 26 de 1918.

La salida

Por la calle de la aldea, entre las blancas casitas, con alaridos salvajes muévase una extraña procesión.

Una muchedumbre de gentes del pueblo, apretada y lenta, se adelanta como una gran ola, y delante de ella, al paso, marcha un jamelgo con el pelo erizado, la cabeza baja y el aspecto lamentable. Cuando levanta una de las manos, mueve la cabeza de un modo singular, como si la fuese a hundir en el polvo del camino, y cuando cambia las patas parece que la grupa caiga al suelo con intenciones de no levantarse más.

A guisa de caballo de varas, va uncida a la carreta, fuertemente atada por las manos una mujercita completamente desnuda, casi una niña. Anda de un modo raro, de lado, su cabeza, coronada por espesa cabellera de un rubio obscuro, está echada hacia atrás, y los ojos dilatados miran a lo lejos con una mirada fija y atontada

que nada tiene de humano.... Tiene todo el cuerpo cubierto de manchas azules y rojizas, unas redondas y otras largas y estrechas; tiene en el seno izquierdo, que es firme y redondo, una herida, por donde se escapa la sangre formando delgados hilillos.... Ha producido una línea roja en el vientre y a lo largo del muslo derecho hasta la rodilla, y en esta rodilla una costra oscura de polvo, oculta la sangre. Parece que le han cortado a la pobre mujer una estrecha y larga tira de piel, y que han golpeado durante mucho rato el vientre con un palo, porque ese vientre está monstruosamente hinchado y acardenalado.

Los pies, afilados y pequeños, se afirman con trabajo sobre el polvo, tiene el cuerpo espantosamente retorcido y vacilante, y no se comprende cómo se mantiene aún en pie, pues tiene las piernas completamente acardenaladas, lo mismo que el cuerpo, ni por qué aquella mujer no cae a tierra y no se deja arrastrar por la carreta sobre el suelo polvoriento y tibio.

Va en la carreta, de pie, un mocetón con camisa blanca y gorra de astrakán, de la cual cae, partiendo la frente, un gran mechón de pelo rojo; con una mano guía, lleva en la otra un látigo, y metódicamente pega, tan pronto al jamelgo como a la mujercita, cuyo cuerpo está tan maltrecho que ha perdido ya toda apariencia humana. Los ojos del mocetón están inyectados en sangre y brillan con una expresión de triunfo feroz. Los cabellos hacen resaltar su matiz verdoso. Las mangas de la camisa, arremangadas hasta el codo, dejan al descubierto sus brazos fuertes, musculosos, cubiertos de un vello rojo; tiene la boca entreabierta, y entre sus labios asoman los dientes blancos y afilados que de cuando en cuando dejan escapar roncós gritos.

—¡Arre! ¡Bruja! ¡Arre! ¡Ajá! ¡Ahí te va! ¿Qué os parece hermanos?

Y detrás de la carreta y de la mujer a ella uncida, la multitud, formando una ola inmensa se mueve y grita, aulla, silba, ríe, arrea.... Los muchachos corren. A veces alguno de ellos se adelanta y profiere, mirando a la mujer, palabras cínicas. Entonces una carcajada de la multitud ahoga todos los demás ruidos, incluso el chasquido del látigo....

Las mujeres caminan con el rostro excitado y los ojos brillantes de placer.... Los hombres injurian al ser que está de pie en la carreta. Este se vuelve hacia ellos y ríe, abriendo desmesuradamente la boca. Da un latigazo al cuerpo de la mujer. El látigo, largo y delgado, se arrolla en torno del hombro y esconde la punta en el sobaco de la infeliz. Entonces el hombre que ha dado el golpe, tira hacia sí vigorosamente; la mujer lanza un grito agudo, y echándose hacia atrás, cae de espaldas en el polvo....Hombres y mujeres se precipitan hacia ella y la ocultan durante unos instantes con su cuerpo.

El caballo se detiene, pero momentos después anda de nuevo, y la mujer, ensangrentada vuelve a seguir su marcha hacia adelante con la carreta. Y el lastimoso jamelgo, a cada paso que da, mueve la ca-

beza hirsuta, como si quisiera decir:

—¡Cuán triste es el destino de los animales! Os obligan a tomar parte en abominaciones indignas.

Y el cielo meridional resplandece, no empañado por la más ligera nube, y desde sus alturas el sol de estío esparce generosamente sus ardientes rayos.

—
No creáis que esto es una imagen alegórica de la persecución y tormento de un profeta descoñocido en su tierra; ¡no! Esto se llama: «La Salida». Así los maridos castigan la infidelidad de sus mujeres. Es un cuadro de género, una costumbre.... que he presenciado el 15 de julio de 1891 en la aldea de Kandibovka, gobierno de Kherson.

MÁXIMO GORKY

Instantáneas

La carta

Han llamado a mi puerta. Ha sido un golpecillo tenue como el del aleo de un pájaro, lento como el de la mano de un niño humilde, sutil como el del viento en una mañana de primavera. Es una anciana que viene con un plieguito de papel en la mano temblorosa y quiere que le hagan una carta. Se sienta a mi lado y yo tomo la pluma.

—Vamos, ¿qué escribo?

La viejecita me mira y calla. Observo que se le mojan los ojos y que se enjuga una lágrima. Espero un rato.

Afuera se oye desesperante el lamento de una vaca que perdió su cría.

Miro a la anciana y me siento conmovido. Ella lo advierte y exclama con acento tímido y dulce:

—Escriba lo que le parezca; usted sabe, usted comprende, señor....

RUBÈN COTO

Paréntesis

A mi entender, la humanidad, para alcanzar dicha y felicidad extremas, necesita, con preferencia, seres de buen corazón.

Los no generosos en poco se diferencian de los guijarros del ribazo. Nada más triste que esos mortales que no vibran, reclusos siempre en la isla de su indiferencia.

Quien se conmueve ante los ajenos padeceres, quien se siente pájaro ante la mirada de las estrellas, quien en las carrozas del cariño gusta de ser desinteresado viajero, quien busca la íntima admiración al contemplar todo lo creado, ése, y no otro, es el que anhela hermohear la vida e ir en las literas que conducen al bien supremo.

Napoleón Bonaparte, con todo y sus talentos, con todo y su valor, fué un monstruo. Las fieras están bien en las grutas. Los insensibles, los implacablemente injustos, los que predicán la batalla sin objeto honroso, estos son ignominia del mundo, aberración humana.

Seamos aves, pero aves sin garras.

Decoremos la tierra con nuestro sentimiento; agraciémosla con nuestro afecto. Dulcifiquemos la vida; refinémosla. Almas piadosas pide la tierra. Los homicidas, los verdugos, los avaros, los gróseros, los envidiosos, los pendencieros, ¡qué conjunto de grietas en el florecido camino de los buenos!—CARLOS JINESTA.

Página poética

Chapultepec

Al fondo de la espléndida avenida Chapultepec esfuma su silueta imperial.... La ciudad yace en la quieta penumbra de la noche, adormecida.

Gota a gota, desángrase la vida; la brisa acalla su inquietud secreta, mientras sobre la paz de la glorieta, en su marmórea soledad florida,

un Cuauhtemoc de sombra, audaz, sus brazos a los cielos magníficos levanta, cual si quisiera, a fuerza de flechazos,

para su sien empenachar con ellas, derribar, una a una, ante su planta, como águilas de oro, las estrellas....!

FRANCISCO VILLAESPESA



En el Circo Romano

Reververante el sol sobre la arena quiebra sus dardos. En la gradería atruena la romana algarabía pidiendo a gritos la salvaje escena.

En el palco imperial la sedería con liviano frú-frú, se desmelenan mientras avanza en varonil cadena la cristiana y novel feligresía.

Cien mastines hambrientos y feroces de sus cubiles salen, y veloces, sobre la santa multitud se arrojan;

y al oprimir sus sienes la guirnalda, ve Nerón que las piedras se sonrojan a través de su lente de esmeralda.

RICARDO MIRÓ



A través de los años

A través de los años la adivino aún en las risueñas alquerías, cuando al atardecer, todos los días, me esperaba en la huerta del vecino.

Se la llevó después el torbellino de las ciudades locas y sombrías, conoció las mejores alegrías, vistió de seda y se embriagó de vino.

Hoy mi confuso labio no la nombra; su pálido recuerdo entre mi sombra tiene fulgores de lejana estrella....

Acaso en amorosas languideces la hayan besado luego muchas veces y no he querido imaginar que es Ella!

DELIO SERAVILE



La justicia burguesa

Un cadalso; un verdugo; un reo; un cura; una cruz; un piquete; un gran gentío; una mujer llorando; un sol de estío; arriba, azul; abajo, gran negrura.

Un redoble, una voz que pide, impura, sarcástico perdón; un rostro umbrío, impaciencia; silencio; un golpe impío; un hacha ensangrentada; alguien que jura,

Un crimen sin vengar; otro vengado; la barbarie aumentando su cosecha; el fiel de la justicia estropeado; la ignorancia, más firme, más derecha; el delito, más torpe, más osado; la lógica del mundo satisfecha.

E. GUANYABENS



Alma venturosa

Al promediar la tarde de aquel día, cuando iba mi habitual adiós a darte, fué una vaga congoja de dejarte lo que me hizo saber que te quería.

Tu alma, sin comprenderlo, ya sabía.... Con tu rubor me iluminó al hablarte, y al separarnos te pusiste aparte del grupo, amedrantada todavía.

Fué silencio y temblor nuestra sorpresa; mas ya la plenitud de la promesa nos infundía un júbilo tan blando, que nuestros labios suspiraron quedos, y tu alma estremecíase en tus dedos, como si se estuviera deshojando.

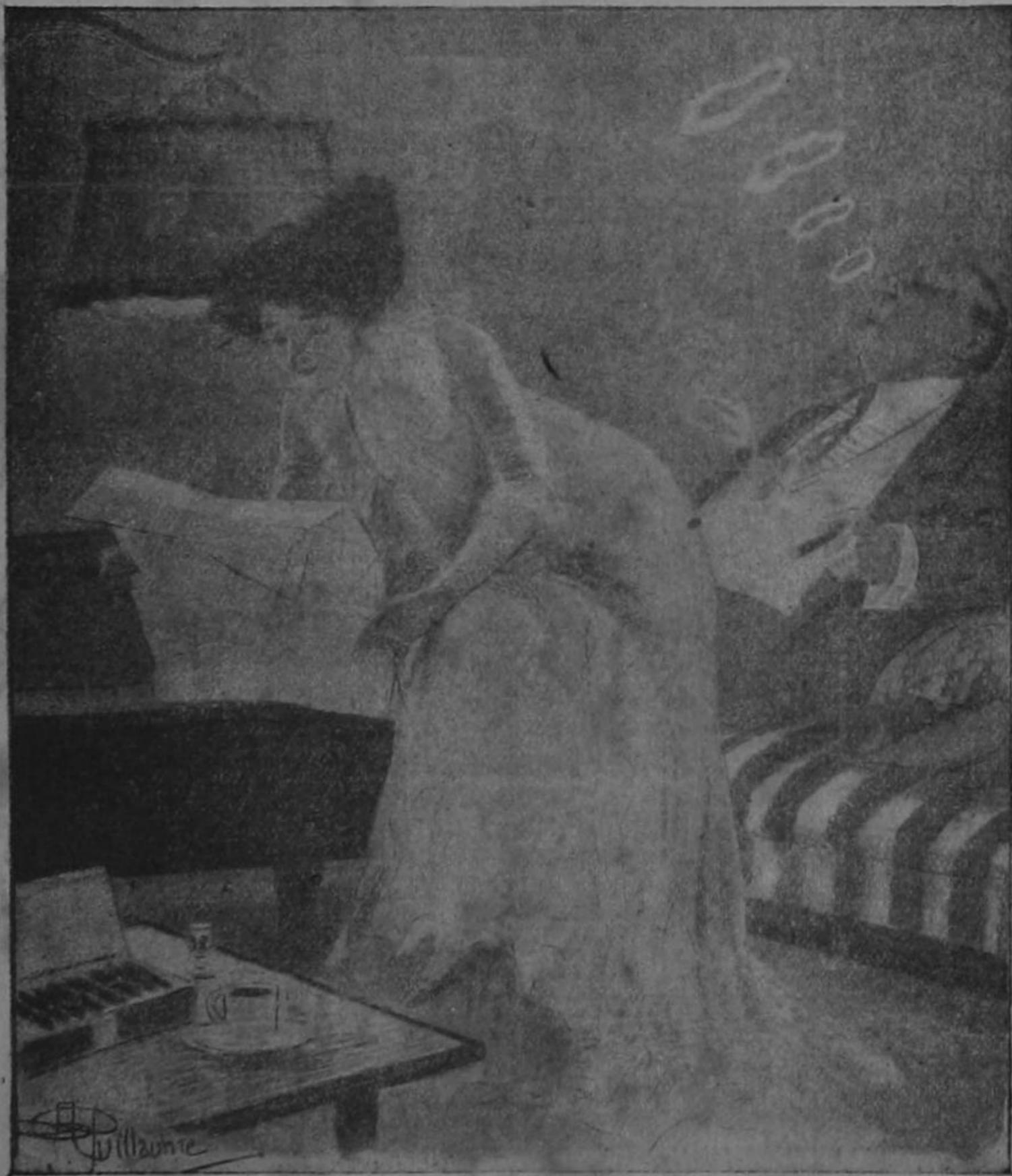
LEOPOLDO LUGONES

La gata de Angora

Al final de la avenida espaciosa con sus almacenes de lujo, sus tiendas de libros, sus depósitos de granos, se alzaba la casita de altos balcones en que Elena ocultaba su juventud. Desde allí se descubrían las iglesias de los distritos y los caminos que simulaban

La quietud de aquel llano le hacía pensar en su valle nativo, en el rincón de aldea en que se deslizó su adolescencia al lado de los tordos y de las palomas.

Hasta el rincón de su valle nativo llegó el ruido de la capital, el anuncio de las no-



De noche leía las revistas...

haces de heno esparcidas sobre el verde de la cordillera.

El llano, abierto al sol, le traía el aire oloroso a yerba húmeda, el gruñido de los automóviles y el vibrar metálico de los tranvías que cruzaban rápidos, diminutos, como hechos en el fantástico país de Lilliput.

ches de ópera y el escote atrevido de los nuevos trajes, y lo dejó todo, hasta el río que era su confidente y que como un artífice antiguo tapizaba de verde las orillas y pulía a su paso las piedras pomes de los lavaderos.

En todo el esplendor de su belleza llegó a la capital y comenzaba a tener historia cuando un comerciante árabe que tornaba los viernes de provincias a distribuir sus cosechas en el mercado la alhagó con sus mimos, la deslumbró con su oro y acabó por guardarla en estuche como una joya.

Ahora era muy otra su existencia, desde que Silock, el comerciante árabe, le había ofrecido todos sus caudales, en una tarde olorosa a incienso, durante una procesión.

El precioso chalet, emplazado frente al llano le resultaba una jaula expresamente hecha para cortarle el rumbo procelario, y como bajo aquel techo no le nacieron hijos, por un capricho de hombre adinerado el viejo Silock le hizo llegar del extranjero una gatita blanca de Angora.

Elena tuvo desde entonces ocupación conocida: de noche leía las revistas, pero más complaciale pulirle las uñas a su gata, jabonarle el pelo sedoso, y dejarla limpia como un jarrón de porcelana. Cuando inquieta y alegre saltaba a sus regazos el precioso juguete le decía al oído secretos, le hacía preguntas absurdas o le ponía al cuello el más valioso de sus collares.

Todo el día jugaban mujer y gata. El animalito parecióle excelente maestra del ritmo: la gata enarcaba la cola, ondulaba, glisaba, poníase en anqueta sobre el sofá o bien se fingía dormida con las fauces abiertas mostrando la encía rosada y los dientes blancos, semejantes a hileras de arroz.

Aquel viernes la gente se agolpaba en la Estación de ferrocarril en espera de los viajeros. El tren de provincias llegó entrada la noche. Las lluvias habían causado derrumbes en la vía.

Se acercó, jadeante, la pesada locomotora, y de un wagón de primera descendió el viejo Silock envuelto en una capa gris, que parecía una hopalanda.

A todos los automedontes que le ofrecieron sus vehículos los rechazó con un gesto brusco.

La ciudad alumbrada por una luna menguante erguía al cielo las torres de sus inalámbricos.

En las esquinas crepitaban los focos de luz.

Por primera vez el viejo Silock se sintió agobiado por un presagio fatal.

Llegó a pensar que el retraso del tren era una contingencia preparada por un hado adverso.

Envuelto en su capa gris de cuando era estudiante, tendidas las alas del ancho sombrero de fieltro, así marchó el viajero por la desolada avenida.

No penetró a la casa de Elena por el zaguán afelpado sino por el jardín poblado de crisantemas.

Hundida estaba Elena en el sofá de rojo damasco sobre cuyos almohadones resaltaban la cabellera rubia y los brazos blancos.

Jugaban como de costumbre mujer y gata.

Elena le decía al oído secretos y le hacía preguntas absurdas.

De pronto un golpe de viento agitó las cortinas. Hubo un temblor de lirios y un agitar de rosas. Se oyó un ruido fuerte y seco y a la vez un débil grito. Mujer y gata cayeron sobre la alfombra y en su caída arrastraron el busto de una venus manca.

Cuando Silock volvió de su engaño la gata daba maullidos lastimeros y en el corpiño de Elena, cerca de la nuca, se esponjaban claveles de sangre...

Despiertos con el ruido algunos vecinos, se creyeron con todo derecho para penetrar a la alcoba. Les animó con su presencia el comisario encargado de rondar esa noche el llano.

En el suelo se veían las macetas volcadas, los mármoles rotos y junto al sofá la gatita blanca de Angora en los ahogüos de la muerte.

Elena se había incorporado y tomó la palabra:

Ha ocurrido un accidente les dijo. Jugábamos con la gata y ésta me ha clavado las uñas en el pecho. Fué un momento horrible. Mi primo Luis aturdido la remató de un balazo...

Señaló al felino yacente en la alcoba e hizo acercarse al comisario.

Para que el intruso cargara con los blancos despojos le deslizó una moneda reluciente de oro.

Salieron los curiosos y tras ellos el comisario, feliz quizá con el precioso juguete,

como un ladrón que se llevara al descuido un vaso de Sévres...

Rosas de sangre cubrían el pavimento cual si alguien, furioso, hubiera arrojado todas las del jardín sobre la alfombra.

LEONARDO MONTALBÁN

Santidad

El infeliz veía o creía ver a una mujer, y la llamaba sollozando, llorando, rugiendo y maldiciendo; unas veces, con frases dulcísimas; otras, con palabras brutales. Debía de ser su novia, su mujer o su amante, en fin, alguien a quien quisiera mucho, porque no cesaba de repetir: *Julia, bésame; Julia, bésame.*

La hermana le miraba impasible y serena en apariencia; pero observándole bien, se la veía sufrir. Hubo un instante en que retrocedió, apartando el rostro, como si tratara de ocultar la emoción. De pronto, el herido, con un movimiento casi convulsivo, extendió el brazo y acertó a cogerle, primero una manga del hábito, y en seguida una mano, al mismo tiempo que seguía diciendo: *Julia, bésame; Julia, bésame.*

—No se puede hacer nada, ¿verdad doctor?—me preguntó ella—. ¿No sabe usted quién es?

—No recuerdo su nombre, pero le he tratado algo en Madrid... y creo que esa a quien llama era una mujer... de mala vida, que le engañó miserablemente. Perdóne usted, hermana; pero el infeliz, sin duda, se acuerda de ella y piensa que la tiene delante. Para él ahora, esa Julia es usted.

Y la voz, cada vez más apagada, repetía: *Julia, bésame; Julia, bésame.*

Estábamos solos. La luz incierta del amanecer luchaba con el resplandor rojizo de un farol puesto sobre una mesa, y al través de una gran ventana veíamos las ramas de los nogales, que el viento movía mansamente. De pronto, en el rostro del herido se dibujó una contracción de angustia suprema, y suspirando débilmente, repitió por centésima vez: *Julia, bésame; Julia, bésame.*

Lo que pasó entonces fué de una grandeza que no sabe describir mi pluma. La

monja se descinó aquellas tocas, que semejaban una gran paloma con las alas extendidas, mostró la frente coronada de pelo negro y corto como el de un muchacho, y en seguida, inclinando la cabeza hacia el herido, le besó serena y amorosamente. Luego se apartó de él y volviendo a ponerse las tocas, que al caer al suelo se habían manchado de sangre, se arrodilló junto a la camilla y comenzó a rezar.

JACINTO OCTAVIO PICÓN

El estilo

El estilo es, en realidad, una ecuación que resulta de nuestro más recóndito temperamento personal y de la índole del asunto tratado. De ambos factores, el temperamento es invariable, cuando se tiene personalidad; mientras el asunto, en cambio, varía.

Ese cambio del asunto da la entonación seria o cómica, grandilocuente o familiar, lírica o trágica, de nuestra composición. Esto varía como la luz ambiente y la emoción interior sobre nuestra fisonomía invariable en su tipo esencial. Eso que permite reconocer nuestro rostro a través de la claridad y la sombra, de la risa y el llanto, de la juventud y la vejez de la salud y de la enfermedad, es lo equivalente de la fisonomía espiritual que llamamos estilo; lo otro es elemento variable en la obra de arte—luz ambiente o emoción interior de la criatura imaginaria—todo cuanto se traduce en el tema, en el género o la intención.

Si estableciésemos un paralelo entre el discurso oral y el discurso mental, yo diría que como la voz—ya baja ya alta, ya triste, ya alegre—tiene un TIMBRE individual que permite reconocer a su dueño en la obscuridad o en la distancia; así el pensamiento poético tiene también su timbre individual. El estilo es el timbre del discurso mental, y gracias a él reconocemos a nuestros autores. Por él se revelan los poetas verdaderos, cuando a través de la entonación variable, logran salvar en la palabra propia el eco auténtico de ese timbre interior.

RICARDO ROJAS



Lea Ud. RENOVACION

Paisajes



Una de las últimas erupciones del volcán Irazú, que se halla actualmente en gran actividad.

Tradiciones

Cuenta mi queridísimo e inolvidable amigo Lavalle, en una de sus más preciosas consejas tradicionales, que, allá por los años de 1814, una monja del monasterio del Carmen se escapó cierta noche para ir al teatro a gozar de la ópera italiana, representación que, por primera vez, se hacía en Lima. Realizó su escapatoria aprovechándose de que estaba en limpia el acequión o brazo de río que provee al convento, y cubierta la cabeza con pañuelo lambayecano oyó, desde un *oculto* de platea, cantar a Carolina Griffoni *El barbero de Sevilla* del maestro Paisello, que Rossini no había aún escrito la ópera del mismo título, con la que ha inmortalizado su nombre.

Con ánimo entre regocijado y receloso regresaba la *diletantti*, después de las diez de la noche, cuando al llegar a la acequia de Islas se encontró con que los *tomeros* habían soltado ya el agua, lo que imposibilitaba la entrada al claustro para la monja melómana. En tribulación tamaña no le quedó a la desdichada otro recurso que el de dar aldabonazos a la puerta de la casa arzobispal, hasta que, alarmado su ilustrísima, que en esos momentos, concluida la colación chocolatesca, iba a acostarse en el lecho, mandó abrir y que entrase la importuna. Después de revelarle ésta su cuita, y de escuchar humildemente la merecida reprimenda, el sagaz obispo Las Heras la hizo vestir la sotana, manteo y birretillo de su secretario, encaminándose al Carmen con el improvisado familiar. Llegados al monasterio, dejó a éste en la puerta y, penetrando solo en la portería, ordenó a la portera que previniese que, bajo pena de excomunión mayor, *ipso facto incurrenda*, prohibía a las monjas asomar las narices fuera de la celda, hasta que él tocara la campana convocando a coro. Alejada la hermana portera, dió su ilustrísima entrada al fingido familiar.

Cuando quince minutos después se congregaron las monjas, el señor Las Heras dijo a la superiora:

—Madre abadesa, contad vuestras ovejas.

—Están completas, ilustrísimo señor: veinte monjas y tres de velo blanco, contestó aquella después de pasar rápida revista.

—Bendigamos a Dios, porque ha resultado calumnioso un aviso anónimo que recibí.

Y con voz arrogante entonó el *Te Deum Laudamus*, acompañándolo las monjas, que nunca supieron la verdad sobre lo que motivara la visita del arzobispo en hora tan intempestiva.

RICARDO PALMA

LOS QUE SE VAN



Ramiro Pérez se va a la guerra.

Marcha al frente francés como corresponsal de la Prensa Asociada de Nueva York.

Lo que es el destino....

Newton observando el oscilar de una lámpara descubre la ley del péndulo; Ernesto Angulo en la esquina de «La Geisha» descubre raras morbideces entre las viajeras que suben al tranvía; y ahora es don Ramiro Pérez el que descubre la manera de hacer un viaje al frente francés.

Ya lo veremos en la estación del ferrocarril el lunes próximo con gorra y salbeque.... y con la escopeta de matar caimanes en el río grande de Terraba.

PENSAMIENTO

Lo que más triste pone a los hombres alegres y divertidos, es el análisis de la alegría o del sufrimiento: el análisis es un intermedio arrojado entre las risas y los zollosos.

DUMAS

DE LA GUERRA

Cartas de amor de los soldados

Un sacerdote ha tenido la buena ocurrencia de reunir en un tomito impreso como un devocionario unas cuantas docenas de cartas de amor escritas en las trincheras. La literatura epistolar de la gran guerra es ya tan copiosa que llenaría más de una biblioteca. Sólo las pobres cartas íntimas que el peludo escribe a su novia ausente o a su esposa lejana no habían aún inspirado la curiosidad de los formadores de antologías. Ha sido necesario que un hombre de Iglesia, heredero de aquéllos monjes singulares que inventaron la espuma del champaña, el aroma de los licores y el secreto de ciertos perfumes, vengan a darnos este antifonario galante. Escritas con un mal lápiz en un papel peor, estas epístolas tienen, en sus frases, un aroma exquisito de misticismo erótico. Las hay muy pulidas, muy finas, muy aristocráticas, en las cuales el amante no tutea nunca a la amada; las hay melancólicas, lánguidas, angustiadas, que parecen humedecidas por lágrimas que resbalan por rostros pálidos; las hay bruscas, risueñas, llenas de promesas fanfarronas, en las que el vino se mezcla con la pólvora, cual en los billetes de los capitanes de Bonaparte; las hay celosas, terriblemente celosas, sin nada de artificial en la frase, salidas del pecho que sufre y que ruge; las hay humildes, sin ortografía y tan buenas, y tan cándidas y tan graves, que adquieren una verdadera belleza.... En lo que todas son iguales es en la confesión de que el alejamiento ha despertado en el corazón de los que escriben un sentimiento pasional que antes no habían experimentado en alto grado.

Escuchad a este capitán de coraceros que, según él mismo lo dice, ya tiene las sienes encanecidas:

«Te escribo en la madriguera en que vivo y que gracias a ti se ilumina de claridades increíbles. Sobre mi cama de campaña está la piel que me diste. En la pared tu imagen me sonríe con su divina sonrisa suave. Tu perfume flota aún en mi saco de viaje. Y cuando estoy solo, con la frente entre las manos, se me figura que estás a mi lado, y digo tu nombre como una letanía, digo Irene, mi Irene, mi cielo, mi vida... Pero ¡ay! un momento lle-

ga siempre en que, sin que yo lo note, sin que tenga tiempo para defenderme de mi propia cobardía, las lágrimas caen, una a una por sobre la tierra helada. ¡Ah!... cómo mal digo entonces el alejamiento!... Si yo fuera capaz de ser justo, no obstante, en vez de maldecirlo, lo bendiciría, puesto que gracias a él he sentido que el amor no es lo que me figuraba, que no es un perpetuo placer, una fiesta en la que el hastío pone a veces notas oscuras, una perpetua lucha de pequeños caprichos, de pequeñas susceptibilidades, de pequeños sacrificios, sino un sentimiento hondo, profundo, grave, sin ningún egoísmo, casi sin palabras, algo que es más espíritu que materia y más, mucho más misticismo que galantería. ¡Ah! mi Irene, en ciertos momentos, cuando me doy cuenta de lo que es el amor verdadero, casi estoy tentado de definirlo diciendo que es la única santidad terrestre.

Oíd a este cazador alpino que, en lenguaje nada académico, entre travesuras y sonrisas, deja ver un fondo de alma igual al del autor de la carta antes citada:

«Me preguntas si te quiero siempre, mi chipi?.... ¿Me preguntas si no te olvido estando tan lejos, desde hace tantos días?.. Ganas tengo de decirte que sí, que te olvido, para ver la carita que pones.... Pero un chipi no puede mentirle a su chipi, y debo confesarte que te quiero, que te adoro....¿Tanto como antes?.... Adivínalo.... No, no tanto.... no tanto, pero mucho más, setenta y siete veces más.... Ha sido como una cosa que se durmiera aquí, en el pecho, y luego, poco a poco, ha sido como una gota de fuego que cae en la herida, y que cae sin cesar, mi chipi, demostrándome que «je sui mordu au coeur», según dice la canción.... ¡Eh! sólo que no hay que hablar así, porque este señor Mosquetero que tan fuerte parece, se pone a llorar cuando cuenta las leguas y los días.... Hablemos mejor de cosas serias....»

Este tono muy parisiense, este modo ligero de decir cosas hondas, este estilo que danza para no dejar ver el dolor pintado en la faz, es frecuente en las cartas de amor de los soldados. A su manera y con su poesía, cada peludo es un Cyrano que mezcla las lágrimas con las bromas bajo el balcón remoto de su Roxana.

En los campamentos, los celos son todavía aun mayor monstruo que en la exis

tencia de las ciudades. Voy a copiar una carta de uno de estos poseídos.

Héla aquí:

«Cada vez que el cartero pasa por nuestro sector y que no me trae ninguna noticia tuya, siento impulsos de precipitarme sobre él y ahogarlo. ¡Que culpa tiene el infeliz! La culpa es tal vez mía, que he puesto mi amor en tus manos y que no siento que lo aprecies en lo que vale, a pesar de todas las pruebas que te he dado. Sé de antemano lo que vas a contestarme, pues nunca te faltan pretextos de familia para excusar tu silencio. Pero te confieso que mi martirio es tan grande, que sólo el sentimiento del deber me impone el soportarlo con paciencia. Hay días que, en el combate, espero que una bala me saque del infierno en que vivo, y hay días peores en que quisiera poder, desde aquí, disparar mi fusil contra tí. Tú dirás de nuevo que soy celoso e injusto y que me quieres con todo tu corazón. No dudo que me quieras, pero no como yo lo desearía, sin pensar más que en mí, lo mismo que yo pienso sólo en tí».

He escogido este rugido como grito típico, porque es el que más secamente dice lo que pasa por el corazón de los que arden en llamas de celos.

La última carta que figura en mi antología, es muestra admirable del estado de alma alucinado, purificado, casi puede decirse sobrehumanizado.

Héla aquí para terminar:

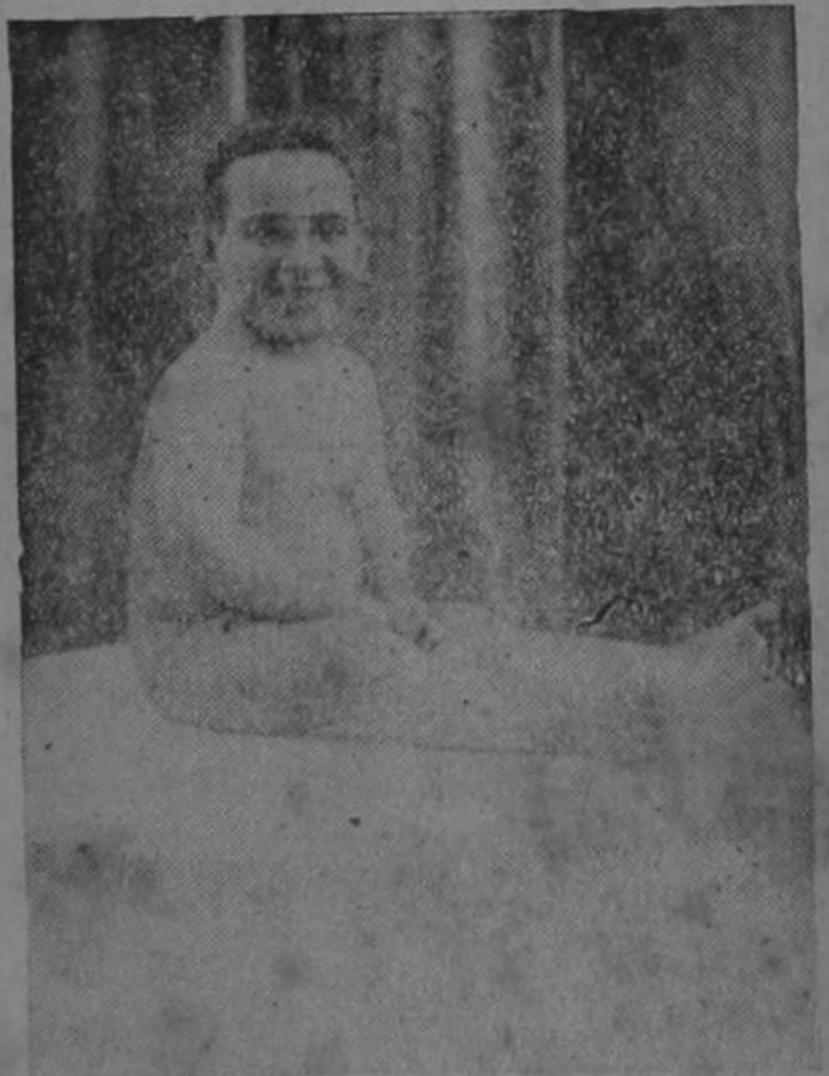
«Es preciso que me dejes amarte como te amo, con un amor que no está exento de voluptuosidad, pero que, poco a poco, a medida que se me agranda, se santifica, se espiritualiza, toma ternuras de hermandad mística y se convierte en un fervor tierno. Muy a menudo, cuando pienso en tí y te dirijo la palabra para confiarte, en el silencio de la noche, mis íntimos sentimientos, me sorprende llamándote mi hermana, mi hermanita del alma, y buscando ya no tus labios como antes, sino tu frente serena y tus divinos ojos verdes. ¡Ah! mi Nena, si tú pudieras leer en el fondo de mi sér, verías que no hay nadie que te ame tan puramente como yo te amo. Esta mañana, soñando despierto, me sentí atravesado por una bayoneta enemiga y no pensé sino en tí, que te quedabas sola...

Te ví envuelta en tus velos de viuda, ví tu toca negra con su cintica blanca, ví tus guantes.... ¡Qué linda estabas!.... Y luego, sabes....luego te ví volver a tu tierra, al lado de tu familia, allá, muy lejos, muy lejos, y me figuré que me esperabas siempre, sabiendo, sin embargo, que no podía moverme. Entonces, en mi tumba, en mi estrecha tumba de soldado, levantando la tierra, me arrodillé y le pedí a Dios Nuestro Señor que si te daba otro esposo, no te arrancara nunca del pecho el recuerdo de tu hermano muerto, del hermano que no tiene celos de la mujer, pero que sufriría eternamente si supiera que el alma fraternal lo traicionaba».

Si del conjunto de la correspondencia erótica puede sacarse una conclusión psicológica, no hay duda que el editor nos la ha dado de antemano, diciéndonos, en diez líneas algo secas, que la guerra purifica y exalta el alma del amante.

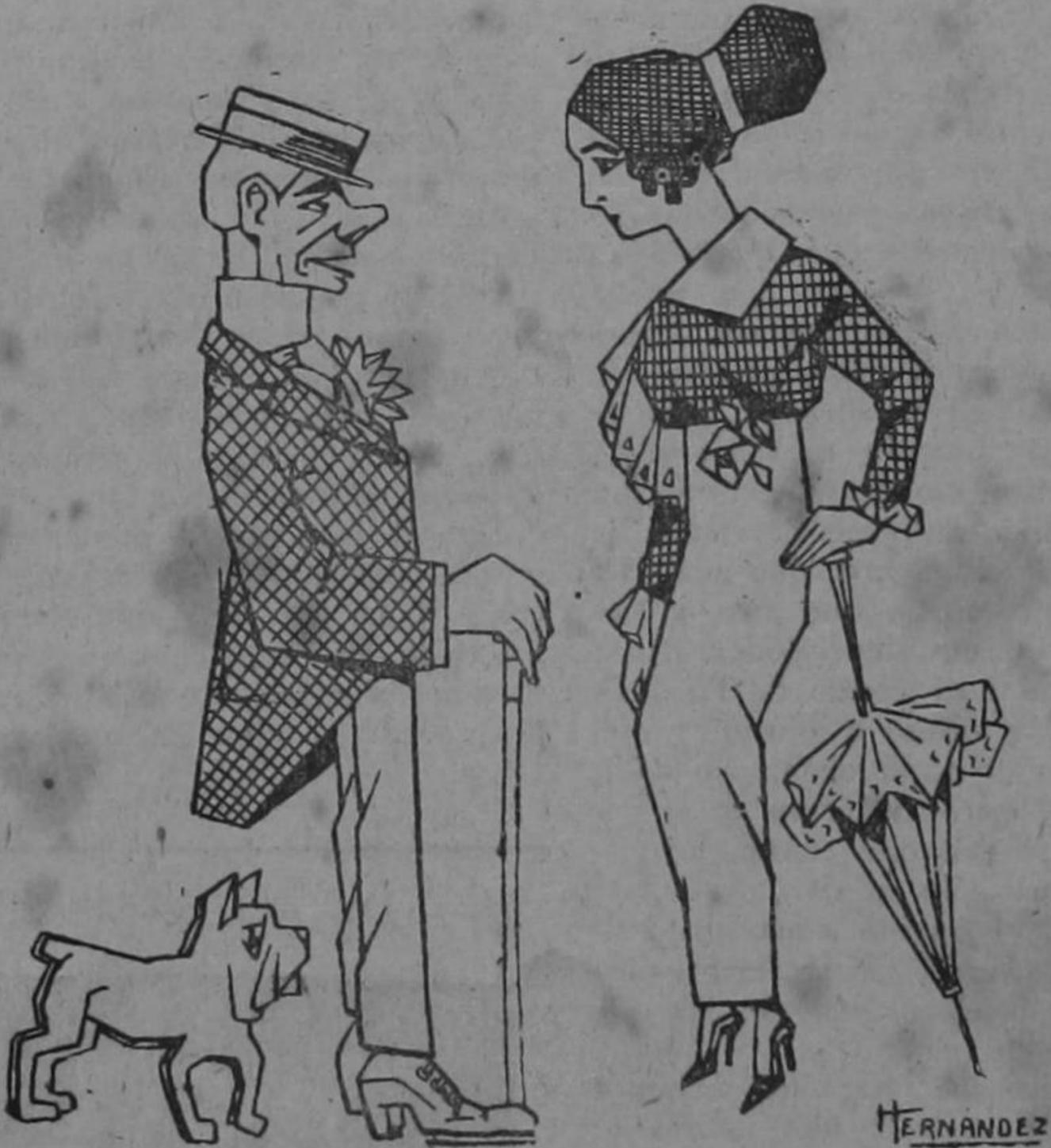
E. GÓMEZ CARRILLO

DE ACTUALIDAD



A los seis meses y pico de chupón con agua miel ascendieron a este chico... a Teniente Coronel.

En la Exposición



- Tú aquí? Es extraño!
 —Pero hombre, ¿por qué extraño?
 —Porque tú, si no me equivocó... no tienes nada que exhibir....

La pereza

La pereza hace que todo sea difícil; el trabajo lo vuelve todo fácil; el que se levanta tarde se rebulle todo el día y apenas principia sus negocios cuando ya le anochece.

La pereza marcha con tanta lentitud, que la pobreza no tarda en alcanzarla.

Haz marchar tus asuntos antes que ellos te espoleen. Acostarse temprano y levantarse bien de mañana proporciona salud, fortuna y sabiduría. El que vive de esperanzas se expone a morir de hambre; sin trabajo no hay beneficio.

Un oficio vale una hacienda; una profesión es una propiedad que rinde honor y provecho. La actividad es la madre de la prospe-

ridad y Dios nada niega al trabajo. Que el sol al mirar la tierra no diga: hé ahí un haragán que duerme. La ociosidad es como el orín que come mucho más que el trabajo: la llave que se usa continuamente está siempre lustrosa.

Si amas la vida no prodigues el tiempo, porque el tiempo es la tela de que está hecha la vida. La zorra que duerme no caza gallinas; sobrado tiempo habrá para dormir cuando se esté en el ataúd. La pérdida del tiempo debe ser también la mayor de todas las prodigalidades, puesto que el tiempo perdido no se vuelve a hallar y lo que llamamos bastante tiempo es siempre demasiado corto».